

---

---

**STUART KAMINSKY**

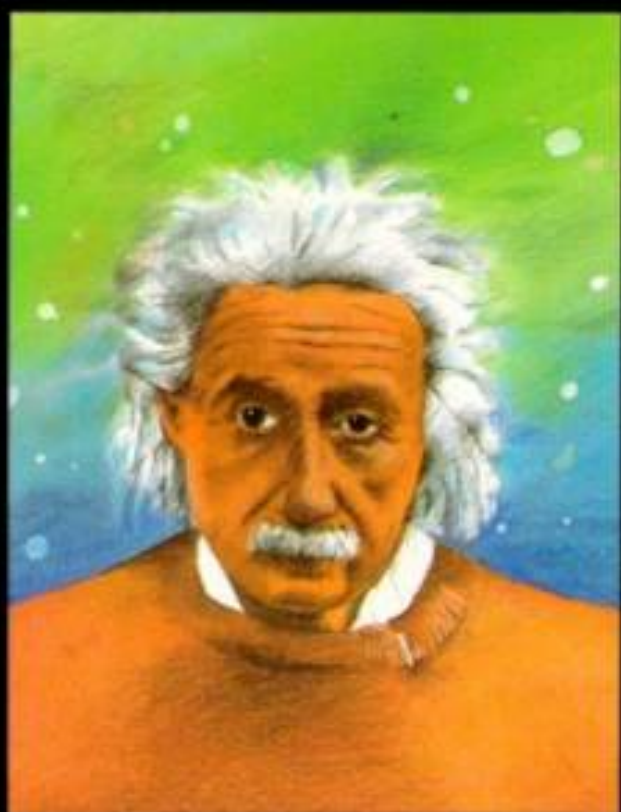
---

---

**MOVIMIENTOS INTELIGENTES**

---

---



E T I Q U E T A



N E G R A

Una cosa que tenía el trabajar para Einstein era que este se veía peor con un esmoquin que Toby Peters. Juntos, con los pies planos del FBI, no eran precisamente el grupo de aspecto más suave que protegía al genio más grande del mundo de los nazis y otros tipos malos en el Waldorf. Toby solo esperaba poder localizar a los posibles asesinos antes de que fuera demasiado tarde.

Vuelve Toby Peters, ahora con Albert Einstein de compañero de viaje. El más inteligente personaje de la novela nostálgica policíaca. Kaminsky en su mejor momento.

## NOTA

*Stuart Kaminsky llegó a la novela policiaca recorriendo el ancho camino del cine. Profesor de cine en una universidad cercana a Chicago, Kaminsky, nacido hace poco más de 50 años, inicia la saga de Toby Peters en 1977 con Disparen sobre Errol Flynn. A partir de este momento encuentra una fórmula que seguirá con gran precisión en los siguientes años: un detective duro pero blando, un paisaje retro repleto de nostalgias que se ubica a fines de los años 30 y principios de los 40; y una abundante dosis de Hollywood, personajes famosos, mitología de celuloide.*

*Por sus páginas pasarán los hermanos Marx, Einstein, Humphrey Bogart, Bela Lugosi, Joe Louis, King-Kong, Buster Keaton, Eleonor Roosevelt, John Wayne y decenas más de personajes del mundillo del cine, el deporte y la política cuya fama trascendió a Estados Unidos hasta hacerlos universales.*

*A partir de 1983, Kaminsky inicia dos nuevas series, no satisfecho con el éxito de las saga de Toby Peters: las novelas ubicadas en la Unión Soviética, de muy desigual calidad, y las novelas psicológicas protagonizadas por mujeres en las que el terror es el componente esencial.*

*Kaminsky ha combinado sus trabajos como novelista y profesor universitario con esporádicas colaboraciones con la industria del cine, la más importante de ellas como co-guionista de Érase una vez en América, la superproducción de Leone.*

*Etiqueta Negra ha publicado con anterioridad las siguientes novelas: Judy (EN 14), Disparen sobre Errol Flynn*

(*EN 29*), El factor Fala (*EN 58*), Los hermanos Marx en apuros (*EN 73*), Joe Luis, 10 y KO (*EN 99*).

**PIT II**

*Dedicado a Peter y a Toby*

*En lo tocante a la justicia y a la verdad no se puede hacer distinciones entre problemas grandes y pequeños, ya que los principios generales que determinan la conducta de los hombres son indisolubles. A quienes no respetan la verdad en los asuntos pequeños no se les puede confiar empresas importantes.*

ALBERT EINSTEIN, en *Einstein habla sobre la paz*

# UNO

Estaba medio colgado de la ventana de una habitación del piso 32 del Hotel Waldorf-Astoria y no puede decirse que el panorama me encantase. Mi mano derecha intentaba sostener la manga desgarrada del atemorizado dentista que pendía de ella balanceándose a la brisa de abril y mi mano izquierda se aferraba al alféizar, a pesar de que el brazo me dolía por una herida de bala. La sangre de la herida me estaba manchando el esmoquin alquilado y la mano, lo que hacía más difícil seguir manteniendo esa posición y la cordura. No me importaba perder la dignidad: ya la había perdido hacía media vida. Tenía las rodillas apoyadas a ambos lados de la ventana y tiraba, resoplaba, y luchaba contra la manga a punto de romperse para que resistiese hasta que lograra agarrar la mano rechoncha y sudorosa que me alargaba Shelly Minck.

Me dolía la espalda. Tengo una espalda horrible. Me la había lastimado hacía un montón de años cuando un individuo negro que quería ver más de cerca a Mickey Rooney en un estreno me dio un abrazo del oso. Mi trabajo consistía en mantener a la gente alejada de la estrella más rutilante de la Metro Goldwin Mayer. Así es como me gané esta espalda. Todo esto podría haber sido motivo más que suficiente para que un detective privado normal se preocupase, y yo estaba preocupado —más que preocupado, estaba al borde del pánico—. Lo que hizo que el pánico se convirtiese en histeria fueron los contundentes golpes a la puerta propinados por un asesino que esa misma semana había acuchillado a dos personas y que tenía una bala expresamente preparada para mí cuando la última astilla de la

puerta cediese. Volví la cabeza rápidamente hacia la puerta para ver si resistía. No resistía. Sin embargo, la visión de un cadáver tendido sobre la cama con un cuchillo clavado en el pecho me dio nuevas fuerzas.

Se soltó otra costura de la manga y las gafas de Shelly le resbalaron por la nariz sudorosa cuando volvió su cuello de cordero para mirar hacia abajo.

—Toby, por el amor de Dios, súbeme. Hazlo por mí, hazlo por Mildred. ¡Súbeme, súbeme, súbeme!

Intentó encontrar algún punto de apoyo en el espacio vacío, pero lo único que consiguió fue que se soltasen algunas costuras más, que me doliese la espalda y el brazo, y hacerme comprender que lo más probable era que me arrastrase consigo y no que yo pudiese realizar el milagro de izar sus más de cien kilos por aquella ventana. Detrás de mí, la puerta gemía a cada patada.

—¡Shelly, deja de patalear! —le grité.

Una bocina sonó a lo lejos en Park Avenue, seguida del chocar de unos guardabarras y de más bocinas acompañadas de gritos iracundos. Las campanas de una iglesia repicaban en algún lugar a lo lejos, recordándome que era domingo de Pascua. Me llegó el olor a comida del restaurante de abajo. No tenía hambre.

—¿Qué pasa ahí abajo? —preguntó Shelly.

—Y qué demonios te importa. Deja de patalear.

—Entonces súbeme. Están cayéndoseme las gafas. No veo nada sin las gafas.

Detrás de mí, la puerta estaba cediendo definitivamente. Podía oír cómo se astillaba. Entonces algo crujió. Podía ser mi espalda o mis rodillas doloridas. La sangre de la herida me caía por la espalda y empecé a marearme. Aquello no era precisamente la forma perfecta para que pasase la noche un detective privado de casi cincuenta años. O puede que lo fuese.

Todo el asunto había empezado hacía una semana cuando un delgaducho científico de Princeton me encontró



en un restaurante de Los Angeles esperando por un *pudding* de arroz.

El aprendiz de científico se llamaba Mark Walker. Tenía un trabajo para mí en Nueva Jersey. Yo nunca había estado en Nueva Jersey. Le dije que estaba de acuerdo, me fui a casa, y empaqueté mi 38 y mi única muda de ropa limpia en la pequeña y desgastada maleta de piel de cocodrilo con que me había pagado Hy un trabajo en Los Angeles. Le ayudé a encontrar a su abuela. Me dio cinco pavos y la maleta. El siguiente trabajo que hice para Hy fue más importante. Encontré a su mujer y me pagó diez dólares y una sobaquera. El muchacho de Princeton, alto y delgado, con más pinta de pivot de baloncesto que de genio de las matemáticas, esperó pacientemente mientras recogía mis cosas de la habitación de la casa de huéspedes de la señora Plaut y dejaba una nota para mi vecino de la habitación de al lado, y mi mejor amigo, Gunther Whertman, que no levantaba más de un palmo del suelo y que se ganaba la vida traduciendo cualquier idioma al inglés, o a algo parecido al inglés. Gunther había salido a ver a un editor.

En la nota le decía que estaríamos en contacto y que podía coger lo que quisiese de mi refrigerador. Estaba seguro de que no había nada que pudiese querer. Probablemente no había nada que le apeteciese comer sin haberlo lavado previamente con Rinso.

Princeton esperó mientras yo me arreglaba frente al espejo colocado debajo de mi reloj de péndulo. La cara que reflejaba era oscura y aplanada. La nariz chata, sin ninguna forma concreta, no sugería nada. El pelo negro, corto y cano en las sienes. Era la cara de un boxeador, de un peso medio que había hecho de *esparring* demasiadas veces. Estaba contento con ella. Era una cara que iba bien para un detective privado. Aquella cara había visto muchas cosas, y había estado metida en un buen número de líos. Me sonrió. Era una sonrisa estúpida. Me volví hacia Princeton y le anuncié que ya estaba listo.

Al bajar las escaleras nos topamos con mi patrona, la señora Plaut. Le llegaba por la cintura a Princeton. Alzó su cabeza, cubierta de pelo blanco y lo examinó cuidadosamente.

—Usted parece un buen muchacho americano —le gritó—; no debería mezclarse con el Sr. Peters.

—Señora Plaut —le contesté—, si usted le dice eso a todos mis clientes, puede que no gane lo suficiente para pagarle la renta.

Eso la contuvo un poco. Se ajustó el sonotone que acababa de comprar y me miró. Luego miró a Princeton.

—Dicen que el Sr. Peelers le dispara a la gente, y que les hace daño. Sin embargo, consiguió que pudiese conocer a Marie Dressler. ¿Le gustaría ver su fotografía? La saqué aquí mismo, en nuestro portal.

—No es Marie Dressler. Es Eleonor Roosevelt —le expliqué. No pareció servir de nada.

—Señora Plaut —le grité.

—No tiene por qué gritarme —me gritó—, ahora oigo perfectamente.

No como el tío Eustace Varney, que perdió el oído y el tacto después de pasar una semana metido dentro del tronco de un secuoya hueco cerca de Fresno, en 1864. El tío Eustace y los Sutcliffe habían estado serrando aquel árbol durante una semana cuando de repente se les vino encima y los tuvo encerrados en la parte hueca hasta que unos leñadores que pasaban por allí oyeron sus gritos lejanos.

—Yo no... —empezó a decir Walker.

—Señora Plaut, tenemos que irnos. He dejado mis cupones de la ración de azúcar y de gas encima de la mesa de mi habitación. El señor Whertman cuidará de mi Crosley. Por favor, le ruego que no lo conduzca usted.

—Soy una conductora muy prudente —replicó indignada, retrocediendo un par de pasos y a punto de caerse es-

caleras abajo. La agarré por el brazo, y ella me apartó de un empujón.

—Está usted insultando a la viuda de un veterano de las dos guerras que se ha pasado muchos años al volante de su Ford.

Le indiqué a Walter el camino, y la señora Plaut se quedó en el descanso de la escalera mirándonos condescendentemente. Su vestido verde y su mata de pelo blanco le hacían parecerse a un diente de león en verano.

—Me voy a Nueva Jersey, Sra. Plaut —le grité—, probablemente estaré de vuelta dentro de una o dos semanas.

—Tenga cuidado Sr. Peelers. Recuerde lo que dijo Cousin Charly y prepárese para recibir nuevos capítulos —me dijo cuando salía por la puerta.

—¿Qué es lo que dijo Cousin Charly? —me preguntó Walker cuando entramos en el taxi que nos aguardaba aparcado frente al bordillo. Lo había llamado desde el teléfono de monedas que estaba en el descansillo frente a mi habitación mientras escribía la nota para Gunther.

—Quién sabe —le contesté encogiéndome de hombros y abriendo la puerta del taxi.

—¿Puedo preguntarle qué es eso de los capítulos? —me preguntó sentándose a mi lado.

—Al aeropuerto —le dije al taxista, que asintió con la cabeza y se puso en marcha—. La señora Plaut cree que soy editor y que trabajo pluriempleado como fumigador. Está escribiendo un libro sobre la historia de su familia. Yo lo edito.

Movió la cabeza con gesto afirmativo, levantó las rodillas y miró hacia adelante. Creo que estaba empezando a preguntarse si Albert Einstein había tomado la decisión acertada al mandarle a Los Angeles en busca de un detective privado medio en la ruina que vivía en la tierra de Olsen y Johnson.

Compré un ejemplar de *American Magazine* en el aeropuerto, le dejé a Walker que sacara los billetes, y tararé

«Tuxedo Junction», intentando dar la impresión de que tomaba vuelos transcontinentales dos o tres veces a la semana.

Los tipos que viajan en avión no son gente normal. Esas cochinas cosas pueden pararse en medio del cielo y caer a tierra, matando a todos los de dentro y llevándose por delante a cuantas vacas se encuentren mugiendo tranquilamente en su camino. Sin embargo, intenté aparentar que para mí volar era como coger el autobús a Santa Mónica. Princeton estaba allí, sentado tranquilamente, con los billetes en la mano, viendo pasar las vacas. Seguramente estaba mirando a ver si veía a algún actor de cine. No vio ninguno. En vez de eso podía haberse preocupado por los zeros japoneses que podían estar acechando en cualquier sitio, dispuestos a abatir indefensos aviones civiles. Estábamos en 1942. Estábamos en guerra. Incluso aunque no lo estuviéramos, aquellos aparatos tenían la costumbre de caer a tierra. Me estaba empezando a cabrear con él y con todos los del aeropuerto, excepto con los muchachos de uniforme. Ellos no tenían elección.

Ojeé la revista. La chica de la portada me sonrió. Llevaba una cinta en el pelo. Estaba jugando con cuatro perros, uno negro y los otros marrones. Leí un artículo sobre Australia, otro sobre armas para MacArthur, y otro sobre unos espías japoneses que habían sido desenmascarados. Me leí toda la maldita revista antes de que tan siquiera llegáramos al Medio Oeste.

Volábamos con la TWA, cinco vuelos diarios a Nueva York. Me pasé todo el vuelo sudando, durante la escala en Denver, durante la escala en Toledo, y por fin me bajé del avión en Nueva York a alguna hora de la noche del día 31 de marzo, 17 horas y 54 minutos después de haber embarcado en Los Angeles. Recobré la tranquilidad y dejé de odiar a Princeton nada más recogimos su coche en el *parking*, un De Soto azul de 1940, de cuatro puertas. Para cuando nos detuvimos en Teaneck a tomar un café y un bo-

cadillo solamente me caía mal. Cuando llegamos a Princeton una hora después ya le hablaba, de modo que le di un algo menos áspero «buenas noches» cuando me dejó en el Hotel Collegiate, prometiendo recogerme al día siguiente a las siete para ir a ver a Einstein.

La habitación era pequeña pero tenía aparato de radio. Escuché al Sr. Dithers gritarle a Dagwood, a Blondie gritarle al Sr. Dithers, a Daisy ladrarle a Blondie, y a Baby Dumpling chillarle a Daisy. Cuando Dagwood se disculpó ante Baby Dumpling el círculo se completó. Cerré los ojos y me dormí en el suelo de la habitación, donde había puesto las mantas para proteger mi espalda de cartón.

Cuando me desperté al día siguiente parecía como si algunos pájaros se hubieran vuelto locos al otro lado de la ventana. Estaban posados sobre las ramas de un árbol que se veía desde donde yo estaba tumbado, preguntándose si iba o no a moverme. Los observé durante algunos minutos hasta que echaron a volar y luego probé la espalda rodando sobre mi lado izquierdo. Sentí algo, pero no fue un dolor demasiado agudo, de modo que me senté y saboreé el gusto a lata de la mañana, me pasé la mano por la barbilla, cubierta de barba grisácea, y me palpé la cicatriz del estómago para asegurarme de que seguía allí. En realidad, eran dos cicatrices, las dos de herida de bala, juntas como gemelos albinos. Una me la había hecho una antigua actriz de poca monta a la que no le gustó que yo pensase que había matado a su marido. La otra me la había hecho un poli de Chicago al que tampoco le hacía gracia que supiese que se había cargado a un buen número de personas. Las dos cicatrices gemelas me picaban agradablemente aquella mañana, recordándome que estaba vivo.

Llamaron a la puerta. Una llamada cortés. No demasiado fuerte pero sí resuelta.

—Entre —gruñí, levantándome a la vez que abría la puerta. Mark Walker, el aprendiz de científico estaba allí, con un periódico en una mano y una botella de naranjada

en la otra. Contempló la estampa de un detective en decadencia frente a él, me alcanzó los calzoncillos, e hizo lo que pudo para ocultar su falta de confianza.

—Son casi las nueve —dijo, lanzándome el periódico.

Lo cogí al vuelo.

—Tiene tiempo de afeitarse, vestirse, hacer la maleta, echarle un vistazo al periódico, y tomar un vaso de zumo de naranja antes de que vayamos a ver al profesor Einstein.

—Gracias —le dije, incorporándome y apartando las mantas. No me caí. Me enderecé y alargué un brazo hacia el zumo de naranja.

—Hay un vaso del hotel en el baño —me dijo, apartando la botella—. Puede tomar un vaso. El resto es para el profesor Einstein. Tiene un resfriado.

—Siéntate mientras vigilas el zumo —le dije—. Acabo enseguida.

Cogí los pantalones de la noche anterior, una camisa de la maleta abierta, y un par de calcetines, los que sabía que tenían menos agujeros de los tres que había traído. Con el *New York Times* bajo el brazo, me metí en el cuarto de baño y cerré la puerta de una patada. Las baldosas estaban frías. Tiré la ropa al suelo, abrí el grifo de la bañera, y me lavé los dientes con los nuevos polvos dentífricos del Dr. Lyons que había cogido para el viaje. Cuando acabé de afeitarme, la bañera ya estaba llena de agua caliente. El espejo y yo habíamos hecho un trato. Yo intentaba no hacer ningún comentario sobre la cara que se reflejaba, y el espejo, por su parte, no se reía de mí. Después de afeitarme con una cuchilla Merlin no demasiado mellada y de peinarme, la cara del espejo no estaba demasiado mal. Intentaba sonreír. Lo intentaba casi todas las mañanas y el resultado parecía la máscara del día de difuntos de Lon Chaney.

Comprobé el reloj y lo puse al borde del lavabo. Aquel reloj, que había heredado de mi padre, me dijo que era la una, lo cual entraba dentro del error habitual. Una vez me metí en la bañera, sin embargo, el *Times* me comunicó que

era el Día de los Inocentes, que las tropas inglesas en el oeste de Burma estaban cercadas, que los chinos estaban tratando de mantener el frente cerca de un sitio llamado Toungoo, y que el general Wainwright había informado de un bombardeo japonés sobre un hospital base en Bataan. Dejé que el agua caliente me corriese por la espalda y empapase las hojas.

—Señor Peters —gritó Walker desde la otra habitación.

—Ya voy —le contesté, estrujando el periódico y tirándolo contra una esquina. Me levanté de la bañera para arreglar un poco el suelo.

—¿Sabes lo que dice el periódico? Según el Comité de Producción de Guerra, tenemos que llevar los tubos de pasta de dientes vacíos cada vez que vayamos a por uno nuevo. Y lo mismo con la crema de afeitar. No hay tubo, no hay pasta de dientes.

Walker parecía no encontrar las palabras mientras yo me secaba y me ponía los pantalones, así que seguí.

—¿Y qué pasa si pierdes el tubo? Por Cristo, todo el mundo pierde un tubo de algo de vez en cuando. La gente va a empezar a robárselos los unos a los otros de los cuartos de baño. Si la guerra durase lo bastante, acabaríamos por no poder comprar pasta de dientes. Nuestro aliento olería como el de Asta.

—Usted usa polvos dentífricos —contraatacó Walker mientras me abotonaba la camisa, comprobando con alivio que no faltaba ningún botón—. Lo he visto cuando hacía la maleta.

—No lo estropees todo —le grité—. En estos tiempos es bueno dar rienda suelta a la imaginación. Escasez, racionamiento. Jugamos al «qué pasaría si...», forma parte del pasatiempo nacional. Quéjate. Protesta. Haz patria.

Salí del cuarto de baño empañado y una ráfaga de aire frío me atravesó de lado a lado. Walker estaba sentado en una silla con la botella de naranjada en el regazo.